



Desde muy joven ingresó en el Partido Comunista Checoslovaco, del que fue expulsado, nuevamente admitido y expulsado definitivamente en 1970. Inició estudios de Literatura y Estética en la Facultad de Artes de la Universidad Carolina de Praga, que abandonó, pasando a estudiar Cinematografía en la Facultad de Cine de la Academia de Praga, estudios que terminó en 1952. Fue profesor en la Academia de Música y Arte Dramático y en el Instituto de Estudios Cinematográficos de Praga. Participó en la llamada Primavera de Praga, junto con otros intelectuales, pero abandonó sus ideas reformistas y se exilió a Francia en 1975. En 1979 fue desposeído de la nacionalidad Checoslovaca y en 1981 adquirió la francesa. En Francia, fue profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Rennes y posteriormente en l'École des Hautes Études de París.

Kundera, el voto del exilarca

por Christopher Domínguez Michael (Letras Libres)

No sin cierta contrición descubrí, ante la ignorancia, que llevaba quince años sin leer las novelas de Milan Kundera. La broma (1967), La vida está en otra parte (1973) y El libro de la risa y el olvido (1978) son una trilogía esencial en la historia contemporánea de Europa. Iré más lejos: Kundera fue decisivo para que muchos lectores occidentales rompásemos las últimas amarras sentimentales y simbólicas con el universo estalinista. Quienes vivíamos a la sombra del grisáceo árbol de la ciencia, perdíamos el tiempo buscando en Trotski, Bruno Rizzi, Charles Bettelheim o Rudolf Bahro una iluminación teórica que permitiera entender ese eufemismo llamado "socialismo real". Kundera, con esa convicción que sólo brinda el arte de la novela, apareció para permitir, a las víctimas de la ilusión lírica, el festejo de la caída del Muro de Berlín en 1989.

Pero la historia castiga a sus profetas. Kundera, nacido en la antigua Checoslovaquia en 1929 y refugiado en París desde 1975, miró desde fuera la Revolución de Terciopelo, obra directa de otra generación, la de Vaclav Havel, el dramaturgo-presidente. En tanto, Kundera continuó publicando ensayos luminosos sobre música y literatura (*El arte de la no-vela*, 1986 y *Los testamentos traicionados*, 1996) y un par de novelas que acrecentaban su riqueza erótica e intelectual: *La insoportable levedad del ser* (1985) y *La inmortalidad* (1990).

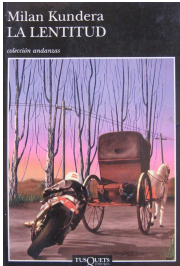
Cuando en 1992 murió Alexander Dubcek, el rostro humano de la Primavera de Praga, muchos se preguntaron si su desaparición no sería también la de Milan Kundera. *La ignorancia* es la respuesta del novelista a ese apresurado epitafio.

En 1995 Kundera tomó una decisión capital en la vida de un escritor. Abandona el checo por el francés para escribir no



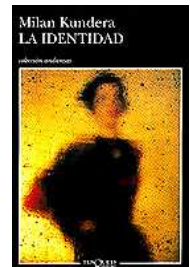
Tertulias Literarias

sólo teatro y ensayo, sino novela. Además, supervisó las antiguas traducciones de su obra y dio a las versiones francesas "el mismo valor de autenticidad que el texto checo". No se necesita saber checo para entender su siguiente trilogía —*La lentitud* (1995), *La identidad* (1997) y *La ignorancia* (2000)— como un voto de pobreza, con todo lo que hay de humildad y soberbia en tomar las Órdenes. A diferencia de Kafka, para quien el alemán era la lengua franca del judaísmo europeo, o de Nabokov, quien eligió el inglés como un capricho genial contra la extinción, a Kundera, aparentemente, ninguna razón radical lo forzaba a abandonar su lengua nativa. Quizá en *La ignorancia* están las razones explícitas de esa decisión.



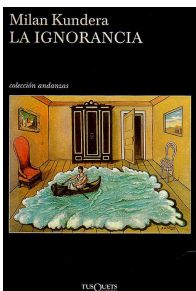
El voto de pobreza de Kundera redujo el léxico en *La lentitud* y en *La identidad*, nouvelles a modo para recibir la hospitalidad del público francés mayoritario. *La lentitud* rescata al museógrafo y libertino Vivant Denon (1747-1825) y confronta a la deliciosa pereza del Antiguo Régimen con la velocidad, una de las esencias finiseculares, según los exégetas posmodernistas. Menos afortunada resulta *La identidad*, donde Kundera incurre en una parodia que él mismo había previsto en una página magnífica de *La inmortalidad*: el matrimonio entre el alma eslava y la petulancia francesa puede resultar tragicómico.

Ambas esencias se atraen con tal gravedad que crean un vaporoso apocalipticismo cotidiano, donde cada coito, borrachera, gesto de desamor, guiño inconsciente, dolencia del alma o del cuerpo, alcanzan una dimensión de dramática tortura dostoevskiana... que se resuelve en el diván de un psicoanalista lacaniano. Esta impostación es notoria en *La identidad*, puede admirarse en las películas de colores del polaco Kieslowski y es como transcribir las sinfonías de Dvorak para los valeses y las mazurcas de Emile Waldteufel.



Por fortuna, el voto de pobreza tomado por Kundera depende de una regla canónica establecida por el propio novelista: la novela kunderiana debe ser una promenade dieciochesca. En sus grandes momentos Kundera se arrojó al trapecio para evitar tocar arena en el siglo XIX y caer elegantemente de pie junto a Diderot, Voltaire, Sade, Choderlos de Laclos. Hasta *La inmortalidad*, con esos soberbios diálogos entre Goethe y Hemingway, el sorprendente artificio funcionaba: la mala conciencia novelesca se salvaba en nombre del cuento filosófico. Pero con un sentido del humor del que carecen "verdaderos" escritores franceses como Marguerite Duras y sin la inteligencia geométrica de Cioran, otro expatriado, Kundera no podía ignorar el riesgo ni fingir que arrojaba sus cartas al azar siendo, como es, un ludópata empedernido y audaz.

Ante formas breves y concentradas como *La lentitud*, *La identidad* y *La ignorancia*, Kundera fue intensificando los rigores de su voto de pobreza. En 1985, en un congreso en Madrid, escuché a un intelectual español de conocida trayectoria antifranquista interrumpir las lamentaciones de los escritores sudamericanos y espetarles: "Señores, yo también sé lo que es salir de una dictadura sin tener nada que decir".



Kundera, digno, evadió presentarse en Praga y ante el mundo con una novela instantánea que acreditará su autoría moral, intelectual y artística de la Revolución de Terciopelo. Acaso contra su voluntad, como los personajes de *La vida está en otra parte*, se supo desplazado por la historia, aunque ésta le hubiera brindado una satisfacción política. Se retiró en orden, meditabundo, quizá preguntándose si la destrucción de sus perseguidores no sería también el fin de su vida estética. No abandonó la novela pero guardó silencio novelístico ante Checoslovaquia como problema. Una década después, cuando la rutina democrática se impone en Praga, Varsovia y Budapest mientras el horror nacionalista hunde Yugoslavia, Kundera rompe el silencio del exilarca.

La añoranza del desterrado, dice Kundera, es el dolor de *la ignorancia*. Su esperada novela checa no es un romanfleuve donde el imago de Rimbaud/ Jaromil, poeta y verdugo, reaparece en el siglo XXI a manera de secuela oportunista. Gracias a dos exilados sin atributos —Irena y Josef— quienes se encuentran fortuita —y kunderianamente— en el aeropuerto de París, el novelista dialoga con Ulises, el príncipe de los desterrados y con él sabe que la tierra abandonada —como las aguas heracliteanas— ya no es la misma treinta años después. Irena y Josef, recibidos cordialmente, son Nadie, como Ulises. Su improbable retorno depende de la ignorancia deseada por sus compatriotas.



Tertulias Literarias

Les piden olvidar todo su camino a Itaca. Por ello los antiguos consideraban más infamante el destierro que la muerte. Pero a Ulises le quedaba la función narrativa, mientras que a la pareja accidental de *La ignorancia* sólo le es dado el silencio, como a Kundera la asumida pobreza de ser uno más de los escritores franceses.

Como Schönberg en *La ignorancia*, Kundera no se sobrestima. Y hasta ahora, no ha sobrestimado el porvenir, pues no incurrió en la vulgaridad de presentarse como uno más de quienes no saben qué decir tras una dictadura. Sólo un filósofo de la novela podía tomar la decisión de no confundir el artículo de opinión con la ficción artística. Su novela checa —y lo digo con aliviada decepción— no adoptó la majestuosa forma sinfónica. A cambio, *La ignorancia* deja en sus lectores esa excitante tristeza propia de "Letras íntimas", el segundo cuarteto de cuerdas del músico checo Leos Janáček.

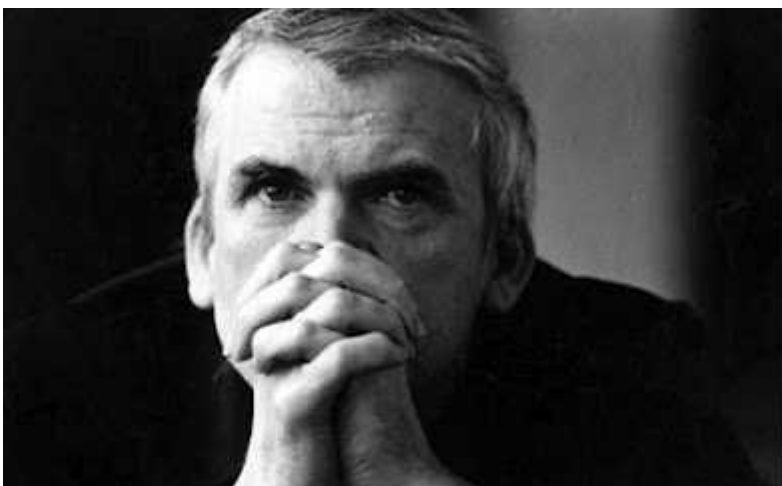
Kundera dedicó sus primeras novelas a desmontar la naturaleza epopéyica del comunismo, a dibujar con tiza el ruedo de la alegría revolucionaria como un círculo del infierno. El comunismo es historia, pero el fin abrupto de esa larga marcha no dio motivo alguno a Kundera para reconciliarse con la historia. En el invierno de 1989 supo que la añoranza es una forma de ignorancia más radical que la política o cualquier otra manifestación fenoménica del tiempo. La vida, ciertamente, está en otra parte.

Milan Kundera

Por Lluís María Todó

El verbo latino ignorare dio lugar a dos derivados en catalán: el cultismo ignorar y la forma popular enyorar, que pasó al español tardíamente (en 1840, según Corominas), y dio las formas "añorar", "añoranza". Añorar sería, originariamente, ignorar dónde se halla alguien, y de ahí, echarle de menos, sentir nostalgia de él.

Los personajes de la última novela de Milan Kundera, *La ignorancia*, vacilan entre estas formas verbales, o entre los sentimientos que expresan: añoran, ignoran, y sienten nostalgia que etimológicamente es el "dolor por el retorno", el ansia por regresar al país natal; a veces parecen no distinguir muy bien entre una cosa y otra, entre el ignorar y el añorar. Toda la novela parece surgida de los juegos que permite esta etimología, que el novelista checo explica detenidamente en el segundo capítulo del libro, una fábula que, evidentemente, se sitúa bajo la tutela mítica de Ulises, el primer personaje que vivió el dolor de estar alejado de su patria y su familia, el primer nostálgico de la tradición literaria europea.



El juego lingüístico entre la ignorancia y la añoranza sólo es posible en catalán y en español, y tal vez por eso la novela ha sido publicada antes en estas lenguas que en la propia versión original francesa. A menos que haya sido por otras razones, quizá de tipo más estratégico: la anterior novela de Kundera, *La identidad* (1997; publicada en español al año siguiente), recibió muy malas críticas en Francia, y no se puede descartar que Kundera tan atento a la dimensión pública de su carrera literaria haya decidido demorar la aparición del libro en francés hasta ver la reacción del público y la crítica de nuestro país.

Sea como sea, el novelista checo puede respirar tranquilo: la crítica española ha tratado muy bien esta última novela suya, y es probable que lo mismo ocurra en el resto de países, incluida la reticente Francia. Lo que pasa es que, para empezar, este libro trata un tema interesante, el de la emigración tras la caída del comunismo, y además lo hace

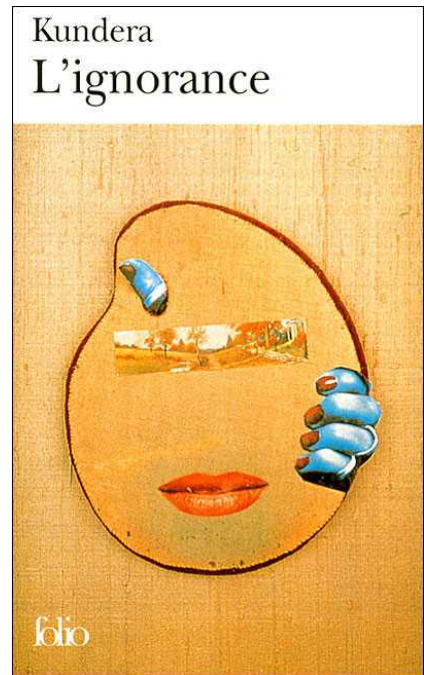
GRUPO B



Tertulias Literarias

mediante una fábula que tiene momentos de gran intensidad y está protagonizada por personajes verosímiles y atractivos. Digamos, para resumir, que *La ignorancia* tiene el formato breve, la ligereza sintáctica y estilística de las novelas francesas de Kundera, pero posee también la ambición de pensamiento y el poder imaginativo del Kundera en checo.

La protagonizan dos emigrados checos, un hombre y una mujer, Josef e Irena. Ambos se fueron de Praga después de la invasión soviética de 1968, él a Dinamarca, ella a París. Ambos vuelven después de la caída del muro en 1989. Sus experiencias son divergentes, pero se articulan en torno a esa figura del emigrado (o tal vez sería mejor decir el émigré, a la manera de Nabokov), esa figura que, según Kundera, nace en 1789, con la Revolución Francesa, y muere al cabo de doscientos años exactos: en 1989, con el derrumbe del comunismo soviético (no se sabe qué dirían de semejante afirmación Guillermo Cabrera Infante o Salman Rushdie). Irena y Josef, pues, regresan a Praga desde sus exilios respectivos. Coinciden en el aeropuerto de París, y se dan una cita para al cabo de unos días en la capital checa. Allí conocen una tarde de sexo de alto voltaje, pero... si bien ambos conocían muy bien la añoranza, la ignorancia estaba peor repartida. La ignorancia, en este caso, vale por el olvido: Irena recuerda muy bien algo que Josef había olvidado, y que no diré qué es. Lo más interesante de esta escena, una de las más intensas del libro, me parece un hallazgo novelesco de primer orden: los dos emigrados, víctimas ya de los desórdenes lingüísticos habituales en estos casos, y que tienen dificultades para recuperar la familiaridad con su checo natal, se abandonan al sexo con furor en el preciso momento en que encuentran un espacio de lenguaje propio y común: la palabra obscena, los tacos, los órganos y actos sexuales dichos en la lengua en que se nombraron por primera vez. Ésa resulta ser, en definitiva, la única ítica realmente recuperable.



En general, esta novela cuenta con numerosos hallazgos de este calibre y de estas características. Otros ejemplos: Irena cobra consciencia existencial de que se ha convertido irremediabilmente en una emigrada, cuando se compra un vestido vulgarísimo en Praga, y mira con súbito extrañamiento su reflejo en el escaparate de la tienda: así habría sido si se hubiese quedado en Bohemia, así ya no podrá ser nunca, la emigración ha quedado inscrita en su cuerpo para siempre. Josef experimenta una epifanía similar cuando ve el reloj que fuera suyo en la muñeca de su hermano, o cuando contempla desde la ventana de su hotel un cartel publicitario cuyo sentido es incapaz de descifrar. También me pareció impecable la narración del encuentro entre Josef y N, un antiguo amigo suyo comunista, la manera como nos es descrita la imposibilidad de su diálogo, una imposibilidad que ilustra de forma muy discreta, casi minimalista, y enormemente eficaz, uno de los grandes conflictos de nuestro tiempo. En los casos citados, Kundera está soberbio, el ajuste entre la anécdota y el sentido es perfecto.

En otras ocasiones, sin embargo, esta articulación entre fenómeno y significado, entre el contar y el explicar, no parece tan clara, como en la magnífica escena del encuentro sexual entre Gustaf y su suegra; un fragmento tan vibrante de verdad novelesca como enigmático en cuanto a su encaje con la significación global del libro. E inversamente, muchas veces las reflexiones del narrador sobre temas tan trascendentales como la memoria y el olvido, la derrota del comunismo y la instalación del capitalismo en la Europa del Este y, naturalmente, la emigración, pueden parecer de una desconcertante trivialidad.

Kundera ha querido situar su relato en un ámbito retórico de manejo difícilísimo: el vaivén entre la reflexión pura y la narración, como si ambicionara ejemplificar las grandes cuestiones de la Historia reciente mediante pequeñas escenas privadas; como Balzac, como Tolstoi, nada menos, y además sin renunciar, como ellos, al comentario en primera persona. Si algo se le puede reprochar a este libro es el contraste entre el destello de verdad que brilla en las escenas de la vida íntima ricas, además, de sentido, y los fragmentos en que el narrador toma la palabra y explica el significado de lo que nos ha contado, o nos contará, que resultan por lo menos decepcionantes.

GRUPO B



Tal vez lo que nos está sugiriendo Kundera es que las grandes síntesis ideológicas del siglo pasado son ya imposibles no sería el primero en hacerlo, o que la novela ha dejado de ser un instrumento adecuado para comprender la historia europea reciente, que hemos perdido la capacidad de percibir la menor analogía entre sujeto histórico y protagonista novelesco. Entonces, en un bello juego conceptual, el libro hablaría también de esta ignorancia, y de la añoranza que la acompaña.

Literatura checa en España. La bella extranjera

Por Monika Zgustová (Nueva Revista de Política, cultura y arte)

La concesión del Nobel de Literatura, en 1984, al poeta checo Jaroslav Seifert, marcó el inicio de una profusión de traducción a idiomas peninsulares de obras literarias checas. Tres libros de este autor fueron inmediatamente editados —en castellano y en catalán, como en casi todos los casos que vamos a mencionar—. A continuación los editores españoles se lanzaron a buscar otros autores checos igualmente interesantes y empezaron a entrar en imprenta traducciones de Vladimír Holán, Jiri Orten, Karel Hynek Macha, Jiri Kolar, Vitezslav Nezval, Bohumil Hrabal, etc. Monika Zgustová, traductora al español de muchas de estas obras, analiza las principales figuras del panorama literario de ese país y llama la atención sobre un par de nombres checos injustamente ignorados todavía.

La cultura centroeuropea del siglo XX se podría definir, en términos generales, como la huida de la racionalidad y del orden impuesto por un Estado todopoderoso, para conquistar un espacio humano más íntimo. Si a lo largo del siglo XIX y durante casi dos décadas del XX, Europa Central experimentó el fortalecimiento del aparato del Estado y del centralismo, a costa de la uniformización de diversas culturas, étnias, religiones y lenguas, y del control burocrático del individuo, esa tendencia se ha convertido paulatinamente en la dirección esencial de la historia contemporánea en todo Europa. Así lo entendieron los autores checos —en este breve recorrido nos limitaremos a los escritores en prosa— que analizaron a fondo la monstruosa dimensión de esa tendencia, y de los que se puede afirmar que fueron casi proféticos.



Kafka y Hasek: los padres de la literatura de Praga

Franz Kafka y Jaroslav Hasek son los dos de Praga, aunque el primero escribió el alemán y el segundo en checo—uno y otro traducidos al castellano, aunque Hasek no a partir del original checo sino del alemán—. La obra de ambos retrata la rebelión del hombre contra el aparato estatal draconiano que más tarde, durante las dos guerras mundiales y la dictadura comunista, se convirtió en un verdadero monstruo bélico y represivo. El tratamiento de la realidad, tanto en la novela *El proceso* de Kafka como en la de Hasek, *Las aventuras del buen soldado Schweik* (que debería escribirse Svejik, según la grafía original checa y no la alemana), tiene muchos puntos en común. Si los funcionarios de Kafka llevan hasta el absurdo sus obligaciones y el cumplimiento de la ley como si eso fuera lo único que pudiera hacerlos humanos, el Svejik de Hasek cumple las sugerencias y las órdenes que recibe tan al pie de la letra, y el efecto es hasta tal punto cómico y grotesco que despierta una hilaridad incontenible y demuestra lo absurdo de la orden. Tanto Kafka como Hasek—y tras ellos Capek, Hrabal, Kundera y Havel— son conscientes de que la maquinaria estatal a la que están sometidos no tiene en absoluto sentido. Sus protagonistas demuestran que es mucho más efectivo hablar de historias humanas en vez de la Historia con mayúscula. Las aventuras y los destinos de esos protagonistas son, pues, la búsqueda de sentido en un mundo que carece de él.

Kundera o el racionalismo

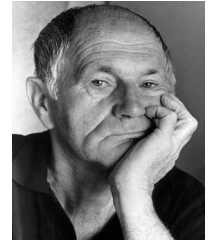
Las novelas de Milan Kundera se sitúan en medio de la crisis del racionalismo, un proceso esencial en la civilización contemporánea, que empuja al individuo hacia el vacío, olvidando la voz de la conciencia y la compasión. Kundera se propone curar esta enfermedad empleando su propio virus, ya que su tratamiento es también racional y analítico. Los protagonistas de Kundera crean su pequeño paraíso fuera de la civilización: en la naturaleza, en una aldea, o incluso en la cárcel. Es cuando regresan a la civilización cuando perecen: abandonando la isla (Tamina en *El Libro de la risa y el olvido*) o de viaje a la ciudad (Agnes en *La inmortalidad*, Tomas y Tereza en *La insostenible levedad del ser*).



Tertulias Literarias

Hrabal o el poder mágico del arte y del amor

Toda la obra de Hrabal está escrita bajo el espíritu de la literatura de Praga, el espíritu de Hasek y de Kafka. Sus protagonistas son personas que se sienten expulsadas de la comunidad humana e intentan en vano encontrar su lugar. Muchos de los personajes de Hrabal son parecidos a los de Hasek: individuos que no creen en ninguna clase de ley y a los que tan sólo les salva de la soledad sin amor y de unas circunstancias sociales crueles la máscara de la risa y el interminable parloteo alegre, de modo parecido a la forma de actuar del buen soldado Svejek de Hasek. Sin embargo Hanta, protagonista de *Una soledad demasiado ruidosa*, el prensador de papel viejo, es una figura más bien kafkiana: el mundo que le rodea, indiferente pero inexorable, logra conducirlo a un paso del abismo y de la destrucción, hasta la muerte mental. La tragedia kafkiana de la nada y del vacío, en la visión esencialmente vitalista de Hrabal, es atenuada por la fe en el poder mágico del arte y del amor, que le confiere, hasta a la última perdición, una dimensión salvadora de la belleza.



Havel o la rebelión del individuo

Vaclav Havel, autor de una docena de obras de teatro, empezó a escribir con el espíritu del teatro del absurdo, según el modelo de Ionesco y Beckett. Su temática siempre gira en torno a la rebelión del individuo, al disidente en una sociedad conformista. Como Ulises se vio obligado a desplegar en el Mediterráneo una resistencia mucho más moral que física, el disidente de las obras de Havel lleva a cabo un viaje lleno de dudas y preguntas de cariz ético. El protagonista del siglo XX tiene más cosas en común con Hamlet que con los héroes legendarios. En su odisea moderna, el filósofo disidente de Havel, sobre todo el de su última obra, *Largo Desolato*, queda deshecho física y moralmente.



Traducciones al español

En prosa, España descubre la valía de Milan Kundera (con su novela *La vida está en otra parte*), autor ya conocido entonces en otros países europeos. A mediados de la década de los ochenta, Kundera escribió la novela que se convertiría en un verdadero éxito de ventas: *La insoportable levedad del ser*. Tras él, se publican otras novelas anteriores de Kundera, entre ellas *La broma*, *El libro de la risa* y *El olvido* (en las editoriales Seix Barrai y Tusquets), y todas las posteriores, como *La inmortalidad*, *La lentitud* y *La ignorancia*. Kundera, transformado en autor de reconocido prestigio en España y residente en París desde los setenta, adoptará el francés como lengua original de sus novelas a partir de los noventa.

A través de Kundera el lector español descubre la cultura y literatura checa, su éxito incita a la traducción de otros autores del país. Nacen así las traducciones de los escritores checos Josef Skvorecky (*Ingeniero de almas*, *El milagro*), Karel Capek (*Viaje a España*, *La guerra de las salamandras*) y Bohumil Hrabal.

De este último se han traducido una decena de obras, la mayoría en la editorial Destino, y no ha tardado en convertirse para muchos lectores en un autor de culto. La aparición de cada uno de sus libros, ya sea una novela o recopilación de cuentos, ha sido todo un acontecimiento: *Yo que he servido al rey de Inglaterra*, *Una soledad demasiado ruidosa*, *Anuncio una casa donde no quiero vivir*, *Trenes rigurosamente vigilados*, *La pequeña ciudad donde el tiempo se detuvo*, *Personajes en un paisaje de infancia*, *Quién soy yo para citar unos pocos*.

La crítica literaria española, atenta a la aparición de cualquier novedad relacionada con el autor checo, tratará a Hrabal como a un clásico contemporáneo europeo y un valor literario incontestable. Se ha publicado, incluso, su primera biografía en español: *Los frutos amargos del jardín de las delicias* (también en Destino).



Tras la caída del comunismo

A raíz del año revolucionario de 1989 y de la caída del muro, el lector español comienza a interesarse por los protagonistas de aquellas revueltas que acabaron con la guerra fría. En Checoslovaquia, en 1990, Vaclav Havel es elegido primer presidente democrático tras medio siglo de guerras y totalitarismos. Durante los veinticinco años anteriores, Vaclav Havel había sido un conocido disidente del régimen comunista, lo que le costó varios años de cárcel.



Dichos acontecimientos darán lugar a la publicación (casi todos en Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg) de varios libros de ensayos de Vaclav Havel (*Cartas a Olga*, *Meditaciones estivales*, *Palabra sobre la palabra*) y una antología de sus obras de teatro, *Grave Cantabile* entre otras.

Los años noventa servirán para que los editores españoles publiquen traducciones de otros autores checos más diversos y pertenecientes a distintas épocas: Jamek, Durych, Kratochvil, Klima, Chudozilov, Putik, Vieweg. Se traducen libros de pensadores checos; además de Vaclav Havel, se pondrá especial atención en Tomas Masaryk, el primer presidente de Checoslovaquia, Jan Patocka, el filósofo husserliano, y Tomas Halik, pensador influenciado por la religión católica.

En definitiva, pues, podemos concluir que la literatura checa ha tenido en España una difusión continuada y una recepción atenta, tanto por lo que respecta a los editores como a los medios de comunicación y al público lector. En este abanico bastante completo de autores checos en este país se echa de menos, sin embargo, un autor contemporáneo de inestimable valía: Ludvik Vaculik, olvidado por las editoriales españolas, es uno de los escritores centroeuropeos de mayor prestigio, sobre todo por su novela *La clave de los sueños*, escrita en forma de diario íntimo, que trata el ambiente de los disidentes en los años setenta y ochenta. Faltan, además, otros nombres como Vancura o el poeta Siktanc. Una injusticia literaria que debiera, quizá, corregirse.

Fontes:

[Revista Letras Libres](#)

[Lecturalia](#)

[Revista de Cultura Lateral](#)

Para saber más:

[Xornal El País](#) (artigo sobre a publicación de “La ignorancia” por primera vez en España)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
[Blog](#)